

Francisco J. Madero

SAN PEDRO, COAH. MEX.

J. Co. Y. Madero 1909

Enero 23/1909

R. 26

C. J. M.

Sr. Don
 Gen. Madero
 Mexico

Mi muy querido papito:

Ayer llegué de Torreon y me
 encontré con tu telegrama en que me pidi-
 eras que abies de presentarte y me manda-
 ras tu fundacion y la de mi mano.

No puedo imaginarme como grande
 te sienta la satisfaccion, el orgullo y la
 gloria que te sienta.

Apuntes de lo que me acordaba
 para hacer algunos libros de memoria
 de hecho y que te acordaras de algunas
 cosas que me acordaba para lo que me
 acordaba necesario.

Con la memoria de ayer, lo que me
 acordaba me acordaba que te acordaba
 con eso me acordaba me acordaba que
 me acordaba me acordaba y me acordaba
 me acordaba me acordaba y me acordaba
 me acordaba me acordaba y me acordaba
 me acordaba me acordaba y me acordaba

dazos de alma de un gran fuerte que fué también un gran sensible, estos luminosos testigos me han hecho llorar; para descifrar sus desvanecidos caracteres, he debido rodearme de mil precauciones, tocándolos cuidadosamente como a una mariposa, como a un nido....

Aquí estan, mexicanos, extranjeros, hombres todos de este planeta. Si vuestra mirada no es recta, si vuestro aliento es impuro, retiraos. Dejad para lo vuestro la mirada torva, la sonrisa que es blasfemia. Dejad para vosotros el eterno y miserable comentario. Apartad vuestro aliento de lo que respetó el arrasante fuego que absurdos odios encendieran. Dejad que esa grande alma exhale, para los que celosos guardamos el privilegio divino de su inmortal recuerdo, todo el perfume de su vida santa:

1ER. FRAGMENTO.—*“Muy querido papasito: Antes de salir para Cuatro Ciénegas te escribí una carta larga en la cual te exponía las importantes razones que me obligaban a publicar mi libro a más tardar el 25 del actual.—Yo esperaba que mi carta te había hecho meditar sobre el verdadero objeto de la vida y que, comprendiendo que a este mundo venimos a cumplir una misión relacionada con nuestra vida eterna, debíamos de dar más importancia a esa misión que a las pequeñas peripecias de la lucha, peripecias que llegan a embargar todos nuestros sentidos si no nos elevamos en alas de nuestras nobles tendencias, a las serenas alturas del espíritu, desde donde podremos apreciar en su justo valor todas las pequeñeces de este mundo, y comprender claramente que nuestro paso sobre él es transitorio y el objeto que nos trae a él, bien determinado.—Creo que estas consideraciones te darán el valor suficiente para arrostrar los peligros que puedan sobrevenirte porque yo, en cumplimiento de aquellos altos deberes, me lancé a la lucha que tiene por objeto conquistar para mi Patria la libertad, única que permitirá que nos salvemos de la decadencia moral que todo lo invade y que podemos legar a nuestros hijos, una Patria próspera, feliz, grande;*

un medio en donde puedan desenvolverse libremente, en donde puedan evolucionar con facilidad a fin de que puedan cumplir con sus grandes destinos.—Esos peligros que tú corres, son hipotéticos, pues si bien es cierto que la lucha va a estar ruda, los elementos que nos secundan serán poderosos y si una puerta se cierra, se abrirán cien.—Además ya están las cosas demasiado avanzadas, mi libro ya impreso, todo el mundo lo sabe y cree que está mucho más duro de lo que realmente está; es muy difícil que no lo sepa ya don Porfirio y entonces sí podrá tirarte a mansalva y sin que tú te des cuenta de ello; además de que yo corro un peligro inminente mientras no dé a luz mi libro, pues bien pueden temer que sea algún libro incendiario para que yo mismo no me atreva a publicarlo.

20. FRAGMENTO.—Pues bien, México está amenazado de un peligro inmenso, pues si dejamos las cosas como van, el poder absoluto se perpetuará en nuestro país, la corrupción será aún mayor y en vez de que nuestra Patria pueda cumplir con los designios de la Providencia sirviendo de madre a generaciones de hombres virtuosos, tendrá que sucumbir víctima de la debilidad y de la corrupción de sus hijos.

3ER. FRAGMENTO.—El libro está ya escrito, todos están alerta; la lucha se inicia por todas partes, pues en Saltillo, en Oaxaca, en Morelia y en esa Capital se han iniciado movimientos de importancia.

40. FRAGMENTO.—Y yo, que debo de representar un papel de importancia en esa lucha, pues he sido el elegido por la Providencia para cumplir la noble misión de escribir ese libro; yo que en el entusiasmo y en la fe que siento reconozco la ayuda de ella y que en este Estado soy reconocido como jefe por todos los que quieren luchar, sentirme detenido en medio de mi carrera, sentir que una fuerza poderosa detiene mi brazo y me inutiliza para el combate ¿podrás imaginarte cuál es mi angustia?—¿Y cuál es esa fuerza que me detiene? ¿cuál esa voluntad que quiere opo-

nerse a que yo cumpla con la misión que me ha impuesto la Providencia?—La única que podría hacerlo; pues si bien es cierto que no me arredra ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte, si me arredra desobedecer a mi padre, pues me imagino que al lanzarme a una lucha tan azarosa sin llevar la bendición del que la Providencia me dió como padre, tendré que fracasar, porque me faltará la fuerza moral necesaria para sostenerme.

50. FRAGMENTO.—Papasito querido: hazme favor de dirigirte con todo fervor a Dios que está en el cielo y de tu mamá Rafaelita evoca su ayuda, a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cumplir con la misión que la Providencia me ha impuesto, y a fin de que tengas valor y energía para cumplir tú también con tu misión, que en el caso actual, consiste en no entorpecer mi acción, en no desviarme del recto camino que llevo en cumplimiento de mi deber, en no hacer que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por tí, fracasaré y pagaré hasta con mi vida mi fracaso, pues ya lo sabes, a los que emprendemos estas luchas por la libertad, invariablemente nos espera una corona, pero el éxito hará que sea de laurel, la derrota que sea de espinas.—Considera con toda calma tu determinación: yo, de todos modos me lanzo a la lucha, pues compromisos anteriores lo hacen inevitable. Mañana voy a Torreón a una junta política, vamos a mandar una circular a todo el Estado para que principie la campaña, yo tendré que organizar en esta un Club a más tardar la semana entrante y empezar con un periódico, así es que es inevitable que me lance a la lucha; por complacerte he retardado la publicación de mi libro, a pesar de que ya CONTABA CON TU APROBACIÓN PARA PUBLICARLO, pues el día que te fuiste para esa Capital, cuando íbamos en coche para la estación y ya en ella antes de salir el tren, me dijiste que estaba bien que lo publicara.—Por lo demás, será imposible dejar de publicarlo en lo absoluto y publicándolo tarde, perderemos todas las ventajas que nos puedan resultar y aumentarnos las desventajas y sobre todo, habrás

perdido un tiempo precioso arrullado por ilusiones que en esa Capital se encargarán de hacerte concebir, para darte el golpe más seguro si es que te lo han de dar.—Ya ves pues la alternativa: o entrar a la lucha francamente, con vigor, con audacia, desconcertando al enemigo por nuestros golpes y preparándonos a toda eventualidad con todo conocimiento de causa; o entrar a la lucha débilmente procurando ocultar nuestros movimientos (esto seguramente sin éxito) y facilitando a nuestro enemigo los medios de caer en una emboscada que él nos prepara pacientemente y sin enseñar la mano. En el primer caso, todas las probabilidades de obtener la victoria, en el segundo corriendo a un fracaso inevitable.

60. FRAGMENTO.—Mi muy querido papasito: Ayer llegué de Torreón y me encontré con tu telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mi mamá.—No puedes imaginarte cuan grande ha sido la satisfacción, el orgullo y la emoción que he sentido.—Abundantes lágrimas derramé ayer, pero fueron lágrimas llenas de ternura, de dulce y grata emoción, de agradecimiento inmenso para ti y para mi adorada mamásita.—En la mañana de ayer, poco antes de levantarme soñé que te había visto con ese semblante cariñoso que tienes cuando te diriges a nosotros, y con una mirada llena de dulzura y de confianza en el porvenir, me habías dado la autorización y la tan deseada bendición.—Esta circunstancia que no puedo considerar casual, ha aumentado mi emoción y mi satisfacción, pues me confirma más en la idea que siempre he tenido de la nobleza de tus sentimientos, de la grandeza de tu alma.—Papasito querido: demasiado comprendo que al darme tu bendición has obedecido a un arranque de generosidad, de grandeza de alma en que, elevándote a las altas regiones del espíritu, has hecho que solo tengan eco en ti las más nobles aspiraciones, y dominado por esos bellísimos sentimientos, no vacilaste en cumplir con tu deber con una abnegación admirable, con una serenidad que solo pueden abrigar los hombres superiores, con una fé en el porvenir, que solo anima a los creyentes cuando tienen la

conciencia tranquila, pues en estas circunstancias descansan por completo en la Providencia Divina.—Debo de agradecer que tengo la seguridad absoluta que a pesar de lo que puedan creer las personas que juzgan todo superficialmente, no deben esperar que yo les dé ningún dolor de cabeza y más bien pueden estar asegurados que obraré de tal modo, que les causaré la más legítima satisfacción, el más noble orgullo, haré de modo que Uds. se sientan orgullosos de mí, como yo me siento orgulloso de tener unos padres tan nobles, tan grandes, tan buenos.—Ahora si ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición, veo su mano, en la circunstancia de haberlo sentido tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme, pues si el laconismo forzoso del telegrama solo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve antes, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia”.

¿Qué piensan los padres severos de este hijo que, casado, mayor de edad, implora la bendición de su padre para cumplir con lo que él llama una misión impuesta por la Providencia? ¿Qué piensan los soldados valientes, los abnegados predicadores, los grandes caritativos de este hombre a quien en plena opulencia, en plena dicha no arredran “ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte” pero sí arredra desobedecer a su padre? ¿Qué piensan los contemporáneos de este héroe cuyo incomparable valor lo hizo afrontar mil veces la muerte, que jamás temió a nadie, ni a nada y se pone a “derramar abundantes lágrimas” cuando recibe la bendición de sus padres? ¿Qué pensarán Licurgo, Catón, Juana de Arco y Francisco de Asís? Escribir a su padre en tan terribles condiciones sin hablarle de intereses terrenos, sin pretender alha-

garle siquiera con la gloria y el lustre de su apellido ¿hay algo más sublime que estas sencillas cartas en las que ni un solo instante se alude a otros intereses que los de la libertad y la salvación de la Patria?

Atrás, *ojo maligno!* ¿Dónde está el menguado que osó argüir "la bancarrota de la familia"? Calumniadores, morder el polvo!

Qué espectáculo para el mundo! Un rollito de papeles ahumados que viene a consagrar la santidad del más gran calumniado después de Cristo! ¿Cristo? Sí. La doctrina y la conciencia de Madero, lo afirmo ante los siglos, no fueron menos puras. El incendio de la casa del padre es el principio de la glorificación del hijo. Sin tan terrible contingencia, los viejos progenitores, que ignoran este hallazgo, jamás habrían quizá consentido en la divulgación de santas intimidades y hasta hubiera podido dudarse de la pureza hoy innegable de su origen!

El autor de estos apuntes intentó bautizar sus primeras secciones con este rubro: "Un Santo Laico". Pero la fuerza de su sinceridad no basta a los hombres comunes para afrontar la crítica o la sonrisa estúpida de una sociedad sin honor ni fé. Cuando acaben los odios, cuando se marchite la frondosa impostura, cuando la mentira vuelva al obscuro rincón del cual surgió, cuando se dignifiquen las conciencias, cuando los mexicanos no estén enloquecidos contra el "loco", cuando la razón sea razón, el error error y la conciencia conciencia, cuando brille la verdad por nuestros cuatro horizontes, comprenderán —ay! tarde— la magnitud del crimen que todos por igual, como los judíos, pagaremos cruelmente. Pero el nombre que nosotros, modernos cristianos, dejaremos a nuestros hijos, será siempre para ellos el mejor galardón de su orgullo en tanto que los hijos o los nietos de los que con su acción o su aprobación clavaron su lanza en el Gólgota mexicano los maldecirán por los siglos de los siglos!

Si scopron le tombe, si levano i morti, i
martiri nostri son tutti risorti.

(Himno garibaldino).

Descúbrense las tumbas, levántanse los
muertos: han resucitado todos nuestros mártires.

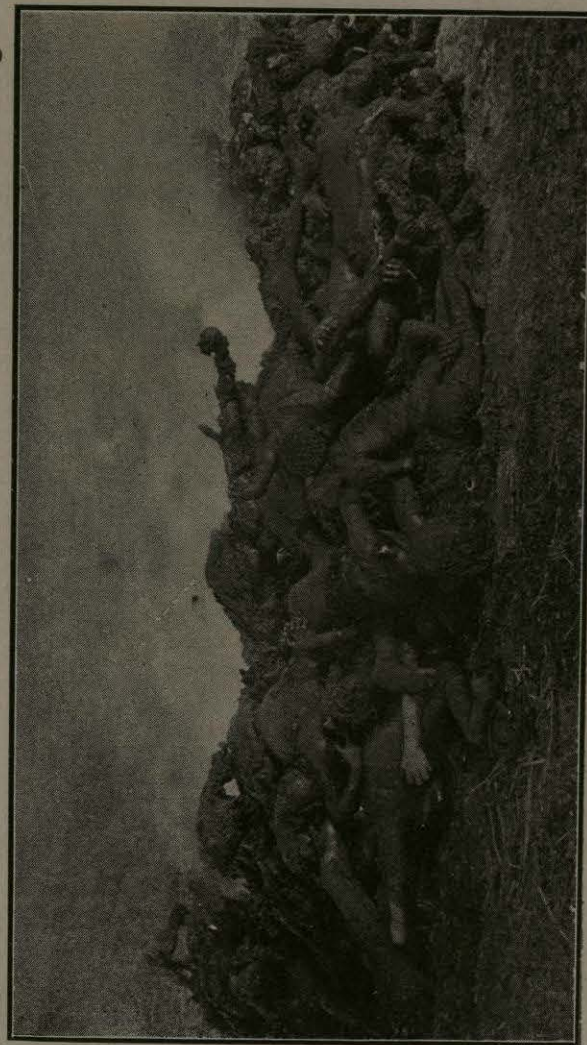
Un viajero francés, testigo presencial de la famosa carga de rurales maderistas contra los cañones de la Ciudadela, ordenada por Huerta, acaba de contarme ese terrible episodio de la Década, en los siguientes términos:

"Dominados por esa extraña e invencible curiosidad que nos invade en esos trágicos combates urbanos, cuando después de haber oído silbar las balas por encima de las azoteas durante largas, interminables horas, nos imaginamos, en un momento de tregua, que el peligro ha desaparecido, mi amigo Americo Beltran, de Cofiac, y yo, nos aventuramos por las calles de la Capital. Al llegar al Paseo de la Reforma encontramos un escuadrón de rurales brillantemente equipados, como de fiesta, luciendo toda la típica elegancia que tanto nos agrada a los extranjeros. La caballería extendíase por lo largo de la Reforma en formación perfecta. Silenciosos y tranquilos, como la Fatalidad, como la Muerte, aquellos hombres macizos, de rostro bronceado, con el barboquejo del gran sombrero pegado a la enjuta nariz, representaban toda la dignidad humana que ahoga el instinto de la conservación por el esfuerzo animoso de aparecer estoico hasta que llegue el momento de enloquecerse, de cegarse, en el tumulto de la próxima, la inevitable batalla. Pero aquellos rudos jinetes pensaban seguramente en combates cuerpo a cuerpo, hombre a hombre, apreta-

ban sus puños para cerciorarse del estado de sus músculos, extendían sus piernas sobre el firme estribo, para asegurarse de su montura. Medían su fuerza física y se decían: "Robusto, sano, lleno de vida, no sucumbiré. Con estas piernas, con este brazo, respondo de mi vida".

"Mi amigo y yo torcimos por Balderas, la más ancha calle de la capital. De pronto, vimos que la gente corría en todas direcciones. Comprendiendo el peligro, nos refugiamos en el primer zaguán que encontramos abierto y, casi al mismo tiempo, vimos que el Comandante, seguido de sus rurales, desembocaba en la bocacalle gritando: "Adelante muchachos!" Una terrible descarga de cañón o de metralla o de ambas a la vez, barrrió materialmente a aquellos infelices. Los hombres y los caballos caían al suelo confundidos. Algunos caballos seguían corriendo desmontados, a lo largo de la anchurosa calle. Pegado a la puerta, yo contemplaba con el rabo del ojo aquel macabro espectáculo. El comandante, herido, se inclinó un momento hacia el suelo y me pareció que iba a caer, pero, irguiéndose de nuevo, espoleó su caballo y alzando su espada gritó con voz ronca: "Adelante much..." Y aquellos valientes penetraron todos en la funesta avenida. Casi todos quedaron ahí tendidos. Mi amigo y yo nos retiramos de la horrible matanza en cuanto habiendo cesado el fuego, solo se oían los ayes de aquellos infelices tan atrozmente inmolados. Y se me llenan los ojos de lágrimas cada vez que recuerdo aquella espantosa carnicería..."

La lealtad de los rurales maderistas estorbaba a la Traición. Félix Díaz y Victoriano Huerta imaginaron este gradioso espectáculo militar que Nerón no concibió nunca y que hubiera enloquecido de remordimiento a Maquiavelo. Huerta puso a Angeles, a sus cañones, contra una pared y contra los cañones de la Ciudadela, ordenó una carga de pechos humanos. Díaz Mirón, y otros, cantan ya las glorias de Huerta o de Félix. ¿Donde están los poetas que canten la gloria de esa infernal carga contra cañones? Qué asunto para Gustavo Doré!



Pero en México no hay poetas... Solo esto hay grande: EL PUEBLO. Son los pueblos los que embalsaman en su memoria a los magnos difuntos, a los héroes que asaltan cañones. Son los pueblos los que con su fantasía inquieta y soñadora los despiertan de las tumbas y los revisten con sus afectos; y dicen y suplican y ordenan a las sombras gloriosas: Adelante, adelante, padres, a la libertad! como aquel jefe agonizante gritara a los suyos: adelante, muchachos! (1).

El heroísmo de aquellos modestos guerreros los ha hecho revivir en Zapata y en Villa que vienen sobre sus

(1) En todos los países donde el patriotismo es otra cosa que una simple arma de partido, las artes y las letras se disputan el honor de glorificar a sus grandes hombres. En Europa, la civilización, en esto como en otros respectos, ha traído excesos. En el gesto de Emilio Henry hubo más "pose," más frenesí de notoriedad que verdadero fanatismo. Hombres hubo que mataron sólo por ver su retrato en los periódicos. Pero lo que en los países demasiado letrados es exceso, conviértese en defecto cuando otros son demasiado incultos. El deseo de hacerse notable, de distinguirse entre sus contemporáneos, es la más poderosa palanca para llevar a los hombres a la realización de grandes proezas. Pero no puede existir la emulación sin el ejemplo, ni el sacrificio sin premio; pues nada, en este mundo, puede existir sin la esperanza. ¿Cómo puede concebirse el heroísmo cuando lleva aparejado el olvido? El que sabe que su vida concluye con las paletadas de tierra que cubren su sepultura, rodea su existencia de mil cuidados que la prolonguen, la esconden, la aíslan porque no puede aspirar a otra cosa que a la tranquilidad y el ostracismo; pero si ese mismo hombre supiera que su vida podría prolongarse por el recuerdo más allá de la muerte, si contara con la gratitud y el culto de sus pósteros, se inmolaría para ilustrar el nombre que llevó en vida y que sus descendientes llevarán con la noble obligación de conservar su brillo. La historia guarda nombres de individuos que sin ideal, muerto el entusiasmo, perdida la fe y con el alma rota por el escepticismo y el hastío de todos los placeres terrenos, buscaron en la inmortalidad el supremo recurso para la renovación de sus esperanzas....

En México, el culto exagerado de dos exelsas figuras ha perjudicado a la glorificación de mil héroes modestos, ignorados y sublimes. El busto de Hidalgo se admira en el último villorrio de la República. El de Juárez fué tirado a molde a centenares. El espíritu partidarista se cuele en los más delicados pensamientos. Cada ciudad, cada pueblo, tiene un nombre ilustre en su historia local, pero nuestra manía de ensalzar a los conocidos nos hace olvidar a los humildes. En el Paseo de la Reforma, en México, abundan las estatuas de generales y abogados, pero, en toda la República, jamás he visto la estatua de un simple sargento, lo cual prueba, en justo análisis, que no se le concede más importancia a la osamenta de nuestros héroes humildes que al bagazo triturado del molino....

caballos grandes por Norte y Sur. Otros países tienen poetas. Los nuestros serán arrojados al mar, con todo y lirios, por los grandes caballos de los grandes mestizos. Los poetas alemanes cantaban de Barbaroja dormido en su palacio—gruta hasta que los cuervos lo despertasen a aletazos y hasta que la espada, golpeando sobre el suelo, le advirtiera la hora de restablecer el sagrado imperio. Pero para sentir tan magnánimas y sonrientes esperanzas, en medio de la desesperación, con el enorme peso de la esclavitud en las conciencias, los pueblos necesitan, al emanciparse de sus tiranos, un gran fundamento de idealidad. Los "poetas" mexicanos del Sur no son libres ni son grandes, porque son ingratos. La sublime carcajada de Kléber inspiró a Hugo, no porque Hugo fuera poeta, sino porque Hugo era pueblo, hijo de un pueblo cuya grandeza consiste, principalmente, en que sabe glorificar a aquellos de sus hijos que en algo han contribuido a su libertad, a su gloria, a su progreso. El estrago militar de México tuvo por primeras víctimas a los sacrificados de Balderas. Esperemos las grandes legiones de Obregón y de Villa en cuyos fuertes cráneos anidan los espíritus de aquellos grandes muertos. Si scopron le tombe....

He dicho que Huerta jamás pacificará a México. Y hoy traigo un testigo. Se llama Confucio. Dice así: "Que un príncipe cultive la virtud y el pueblo en masa acudirá a su alrededor; con el pueblo irán a él las tierras; las riquezas le permitirán hacer buenas obras. La virtud es la raíz y la riqueza el fruto". Y en otro lugar: "Jamás ha ocurrido el caso de que, amando el soberano la benevolencia, no amasen sus súbditos la justicia."

Mencio sigue sus mismos pasos y dice: "Es imposible regir un pueblo sin someter sus corazones." Ambos definieron este requisito indispensable en el soberano, diciendo: "Benevolencia: la benevolencia es el hombre." Bajo el régimen del feudalismo que en México ha dege-

nerado en militarismo (la historia se repite), a la benevolencia deberemos el vernos libres de un despotismo del peor género, pues Carranza ama al pueblo y esto basta para que lo consideremos "benévolo." Y no se me arguya que sus procedimientos "en la guerra" se parecen a los de Huerta. No es lo mismo ser riguroso en nombre del restablecimiento de la ley, el honor, los derechos públicos, que mostrarse diabólicamente autoritario con una autoridad usurpada y que no lleva otro fin, en suma, que la satisfacción de bajas pasiones y el aplastamiento, tras de la sumisión, del pueblo.

Los chinos, los hijos de Confucio, están probando que son tan batalladores como los mexicanos cuando se trata de conquistar la libertad. Lo que Confucio dijo para los chinos, ¿por qué no ha de ser cierto para los mexicanos? Y si lo es, ¿qué gobernante de México fué más benévolo que Madero?

Cuando visitamos en la Habana a la madre y a la viuda del Maestro, estas pobres mujeres, con la herida aún sangrando del corazón, pues apenas habían pasado unos quince días desde la terrible tragedia, la heroica viuda sólo exhaló esta queja: "¡Pobrecito, tan recto y tan bueno!" Y eso es: tan recto y tan bueno. Nada fué más repugnante para Madero como los actos disimulados o las empresas tortuosas. Un bushi japonés define el concepto de la rectitud como una facultad de resolución: "rectitud es la facultad de decidir cierta línea de conducta, de acuerdo con la razón, sin titubear; morir, cuando es justo morir; matar cuando es justo matar". Otro habla de ella en los siguientes términos: "rectitud es el esqueleto que presta firmeza y mantiene la estatura. Así como sin huesos la cabeza no puede descansar sobre el cuello, ni las manos moverse, ni los pies sostenernos, así también, sin rectitud, ni el talento ni el estudio pueden convertir un ser humano en un hombre selecto y superior. Si ella existe, la falta de otras

buenas cualidades no significa nada". Mencio llama a la benevolencia "espíritu del hombre" y a la rectitud "su camino". "¡Cuán lamentable, exclama, es olvidar el camino y no seguirlo, perder el espíritu y no saber buscarlo! Cuanda se pierden, las aves y los perros de los hombres, saben encontrar de nuevo a sus dueños; pero éstos pierden su espíritu y no saben buscarlo". Y más lejos: "La rectitud es un camino recto y estrecho, que el hombre debe tomar para recobrar el paraíso perdido".

Madero mató cuando debió matar. Madero, presidente de una república constitucional, no representaba más que un poder. Era un "ejecutor", no un "soberano." Salvó a Navarro porque así le convenía iniciar su política, pero si la ley hubiera puesto en sus manos a Félix y socios, la mano del "ejecutor" habría caído implacable sobre la cabeza de los culpables. Madero no "perdonó" a Díaz, como no "perdonó" a Reyes. Este reproche de sus partidarios es el más necio y el más inconsecuente de todos. Yo mismo caí en ese error, pero hoy día, contrito, haga mi "mea culpa" y rindo este tributo al titán que contra todos nosotros, pobres criaturas, supo elevarse sobre intereses terrenos, rehusándose tenazmente a sacrificar una sola parcela de sus principios. Perezca Francia, pero que se salven los principios, decía un convencional célebre. Pero no nos apartemos de nuestro asunto. La rectitud es hermana gemela del valor. El valor es apenas digno de contarse entre las virtudes, si no se pone al servicio de la justicia. Confucio, en sus "Analectas", define el valor explicando, cómo es su costumbre, que cosa es lo contrario. "Conocer lo que es justo, dice, y no ejecutarlo, demuestra falta de valor". Pongamos esta definición en forma positiva y tendremos: "El valor consiste en hacer lo que es justo". Correr toda clase de peligros, ser tirano de sí mismo, lanzarse sin alto fin a las garras de la muerte, son cosas que se aplauden injustamente. En los preceptos de la caballería, la muerte por causa indigna, o sin causa, se llamaba "muerte de perro". Cualquiera quidam, por borrachera o idio-

tez o lo que es tan común en América, por hacerse una reputación de bravura, puede arrojarse a una batalla en el momento más encarnizado; pero el verdadero valor está, como dice el bushi, "en vivir cuando es justo vivir y morir cuando es justo morir."

En tiempos en que la astucia, esa forma inferior y despreciable del talento, pudo pasar por tacto militar, y la falsedad por ardid de guerra; el condotierismo por necesidad sancionada por la costumbre; la traición por recurso y el valor pulqueril por virtud, Huerta pudo haber sido un hombre notable, aunque quizá, si no creemos mucho a sus panegiristas, habría sido solo un buen sacrificador, un buen verdugo; pero nuestro sentimiento, nuestra cultura, nos permiten distinguir entre valor moral y valor físico, entre el "gran valor" y el "valor de un villano" El valor de Cristo y el valor de Timoteo Andrade. Nuestro héroe es Madero y nó su antípoda. (1).

(1) De labios de muchas honorables personas —plácidos boticarios, untuosos curas, notarios probos, cumplidos oficinistas y aún "hijas de María" que rezan el triduo "por la paz," — he oído estas palabras que siempre me han dejado pensativo: Huerta es muy templado....

Entre ellos, un amigo hacendado, excelente hombre que va a misa, se confiesa y jamás se desordena. Mi hombre tiene cuatro hijos, muchos amigos y.... un bulldog, cuya especialidad consiste en no ladrar, no hacer ruido y asesinar a sus congéneres con académica maestría, con todas las reglas del arte. El animalito — "más simpático cuanto más feo" — permanece horas enteras echado sobre su barriga, el hocico descansando sobre sus patas delanteras, elásticas y duras como resortes de acero. Nada turba su inmovilidad de esfinge. Si os acercáis a él, con todas las precauciones que inspira la proximidad de la bestia dañina, os mira de soslayo, no con la mirada de "hombre honrado" del perro de Víctor Hugo, sino con un aire cruel y agresivo que os aleja de él instintivamente. ¿Qué utilidad tiene este animal? Su amo, demasiado perezoso, no es cazador. ¿Los ladrones? El animalito sólo acomete a sus congéneres. Jamás advierte, sino que acomete. Jamás lucha, sino que asesina. Sobre la raza, acecha a sus víctimas pacientemente. Un pobre can, un humilde perro de indio se aventura por la troje, hambriento y despelado: el bulldog abandona su quietud y, seguro de no correr ningún peligro, se dirige a él pausadamente. El perrito indio mueve la cola, encorva el cuerpo, zalamero, insinuante, como para trabar amistad: el bulldog se acerca, lo huele un poco para engañarlo sobre sus intenciones, lo coge por el pescuezo y de una sacudida lo estrangula. Cada animalito sacrificado es para mi amigo un motivo más de regocijado orgullo. Imcomparable, su perrito. Hoy mató tres, ayer cuatro, ma-

Yo divido la vida pública de Madero en tres grandes períodos: El de preparación cívica, el guerrero y el presidencial. En el punto de vista del "valor", dos de estos tres períodos opacan al segundo, tan brillantes son, pues si bien es cierto que asistió a batallas y aún fué herido, nada hizo más que cualquier jefe, porque no fué "necesario" hacerlo. En cambio, ¿qué mexicano no fué testigo de su gira cívica preparatoria, sin aterrorizarse por los peligros que su arriesgadísima, pero "necesaria" intrepidez le hacían correr? Y en cuanto a su período presidencial, ¿quien podrá desconocer su compostura, su tranquila presencia de espíritu, su perfecta ecuanimidad en medio de las seis revoluciones que no lograron perturbarlo ni inmutarlo siquiera; su admirable resistencia, su "audaz paciencia" ante la formidable campaña de prensa que no perdonó nada ni en él ni en su familia, abultando, mintiendo, calumniando? El valor santo y sereno de Madero no se manifestó nunca en la fuerza bruta, sino en una formidable lucha intelectual que puso en juego estos tres altos y hermosos atributos que tan raro es ver reunidos:

Rectitud, valor, benevolencia.

Y si tanto se admira la resistencia de Huerta, ¿por qué no se admira la de Zapata? El caudillo suriano ha resistido tres años en muy diferentes condiciones, pues no es lo mismo encontrarse, como Huerta, ocupando un puesto mucho más alto de lo que pudo soñar durante

ñana matara cinco.... Y el hombre palidece cuando le avisan que Zapata anda por los contornos....

Aquellos boticarios, aquellos oficinistas, aquellas "hijas de María" sienten espasmos de admiración cuando se habla de Huerta-bulldog. Si os manifestais sorprendidos, replicarán: También sus enemigos matan. Claro, reponemos nosotros, también el león mata: pero si el bulldog asesina sin derecho, si mata por matar, el león jamás acomete si no es por hambre o para defender su vida. Sin el león Villa, el bulldog Huerta seguiría por muchos años asesinando al pueblo. Si el perrito indio de mi cuento se defiende y mata al bulldog, quien se atreverá a condenarlo?

sus más agudos delirios de mariguano en una vida ya larga; naturalmente influenciado por toda una corte de advenedizos y plutócratas que lo proclaman como el más grande de los hombres, porque de su permanencia en el poder depende toda la tranquilidad del presente, la conservación o la elaboración de su fortuna y el aseguramiento para ellos, en el futuro, de la libertad personal y de una vida regalada y fastuosa en cualquiera de las grandes capitales europeas; no es lo mismo encontrarse rodeado de honores, con todas las seguridades que presta la celosa vigilancia de una policía especialmente dedicada a proteger su querida existencia, con sus mil ojos fijos sobre el que en la sombra y con las infinitas precauciones que el terror inspira, conspira contra ella, no es lo mismo encontrarse rodeado de funcionarios, diplomáticos y capitalistas vestidos de frac que imploran amparo y protección, comiendo bien, durmiendo bien, viviendo bien, que vivir la vida de un Zapata en constante acecho, a salto de mata, con todas las incomodidades, las penalidades y los peligros inevitables, por más que se diga, en la vida del guerrillero mexicano.

Huerta representa los intereses de los eternamente fuertes: los ricos. La posición que ocupa es no solo aceptable sino envidiable para cualquiera que, poseyendo su mentalidad, carece de todo escrúpulo y no se siente molestado por el menor remordimiento, ni cohibido por sentimientos de responsabilidad ante el país y ante la historia que, en una conciencia normal, son siempre fuente de graves conflictos.

Su encumbramiento partió de un cálculo mercenario, en vista de una recompensa inmediata y positiva, traicionando y asesinando al jefe que lo había elevado, ejercitando actos de violencia que ultrajan a la naturaleza, atentando contra los más elementales derechos de personas con frecuencia inofensivas. Para traicionar a su protector, asesinarlo y suplantarle, Huerta no tuvo para nada en cuenta ni su origen indio, ni su honor de